

# SANTIAGO DE COMPOSTELA Y LAS PEREGRINACIONES MARÍTIMAS DESDE LAS COSTAS FRANCESAS

EL DESARROLLO DE LAS RELACIONES ATLÁNTICAS

HUMBERT JACOMET

En el siglo XIII, la vía marítima que atraviesa el golfo de Gascuña, o que se extiende más tímidamente a lo largo de la costa abrupta por encima de la que se perfila la cadena majestuosa de los Montes Cantábricos, es desde luego bien conocida. Regularmente, es visitada por los navíos de la concesionaria Societas Navium Baionensium, la cual describe su constitución como yendo “de Faro usque ad Sanctum Sebastianum, ad nauigandum in Rupellam, vel Burdegalam vel Baionum” (Pardessus, IV, 1838, p. 283). A media distancia entre la Bretaña y el País Vasco, La Rochelle constituye a partir de ese momento la plataforma giratoria de un comercio que llegó a ser ampliamente internacional. Al abrir sus puertas a Luis VIII de Francia, esposo de Blanca de Castilla, al final del sitio de esta ciudad de comerciantes entró en la esfera de influencia del reino de los Lys. Con ello ganó el crecimiento de sus privilegios. A los ojos de Nicolás de Bray, chantre de Luis VIII, su proyección no tiene otros límites que el universo, y Marco Polo verá el océano como “el mar de La Rochelle”. En efecto, sin contar la producción de las tierras del interior, se descargan aquí telas de Flandes, estaño de Cornualles, cuero y plomo de Irlanda, y también hierro y caballos de España. Ni que decir tiene que los productos del Mediterráneo, especias y otras mercancías, encuentran en La Rochelle un mercado seguro, a lo que hay que añadir operaciones de cambio que favorecen los negocios.

La Rochelle no es solamente un lugar de intercambio. La ciudad vende y exporta hasta Flandes el fruto de un viñedo tan intensamente cultivado que

le falta poco para eclipsar las salinas. La *cogue*, esa enorme nave de transporte que figura en el sello más antiguo que se conserva de la ciudad —el que sella la prestación de fidelidad de los burgueses de La Rochelle a Luis VIII de Francia— es el símbolo de esta actividad multiforme. Las instalaciones portuarias conocen en esta época un crecimiento espectacular. Se rodea de murallas el antiguo “Perroc” convertido en el Pérot, así como la isla de San Nicolás. El remanso, cuyo canal está cortado por una cadena, se incluye a partir de entonces en la ciudad. No hay ningún monasterio desde Poitou y Saintonge, hasta la Trinidad de Vendôme, que no disponga en La Rochelle de un albergue, una bodega o ingresos. Además de sus cuatro parroquias asistidas por seis capellanes, también existe una leprosería y el priorato “fontevrista” de Sainte-Catherine, fundado por Leonor de Aquitania, que representa una señal inequívoca. Fue en el curso del siglo XIII cuando se implantaron las cuatro órdenes mendicantes. Pero la presencia de estas instituciones queda en un plano discreto en comparación con las órdenes militares, hospitaleros de San Juan y templarios, instalados desde mucho tiempo antes. El Temple tiene en el corazón de la ciudad una encomienda que forma un verdadero enclave. Desde 1139, Leonor le había cedido los molinos del señor de Châtelailon, desposeído de sus derechos por Guillermo X de Aquitania. Bajo la protección directa del soberano en la época de los Plantagenets, los caballeros sirvieron en varias ocasiones como banqueros al rey de Inglaterra.



Santiago el Mayor intercediendo  
por sus peregrinos.  
Vidriera, siglo XVI.  
Iglesia de St. Jacques de Baillou,  
Francia

## LA PENURIA DE LOS INGRESOS CONTINENTALES

<sup>1</sup> "que en l'église Saint Jacques de Compostelle soit établi un cierge qui arde de jour et de nuit perpétuellement devant l'autel et une coupe d'argent doré à garder le corps de Nostre Seigneur".  
 Añade también: "en celle même manière établissons un autre cierge en l'église N. D. de Rochemadour, encore pour les pèlerins que nous avons voués à saint Jacques, à N. D. de Rochemadour, à N. D. de Bouloigne, à saint Eloi [...] que nous ne les accomplissons".

<sup>2</sup> "pour recevoir, arberger et hosteller les povres genz".

Aunque todas las condiciones parecen haber sido reunidas para facilitar el paso de los fieles deseosos de dirigirse a Santiago a partir de las costas que serán un día las de Francia, sería inútil que se buscara en los documentos subsistentes la prueba efectiva de tales viajes en el siglo XIII. En el testamento que redactó en 1270, en Aguas Muertas, en el momento de partir para la cruzada de Túnez, Alfonso, conde de Poitiers y de Tolosa, hermano de San Luis, dispone "que en la iglesia de Santiago de Compostela se mantenga permanentemente un cirio que arda día y noche delante del altar y una copa de plata dorada para guardar el cuerpo de Nuestro Señor". Igualmente añade: "determinamos que se mantenga otro cirio en la iglesia de Nuestra Señora de Rocamadour, en Nuestra Señora de Boulogne, en San Eloy [...] que nos las cumplamos" (Layettes del Tesoro de los archiveros, IV, 1902, p. 455)<sup>1</sup>. Un año más tarde, el quinto hijo de Luis VIII y de Blanca de Castilla expiraba.

La voluntad del difunto no fue por ello menos respetada, hasta el punto de que estaba asistida por una renta. Aún era necesario que la suma fuese gradualmente entregada al santuario gallego. Lo fue. De hecho, en el mes de enero de 1278, Felipe III el Intrépido

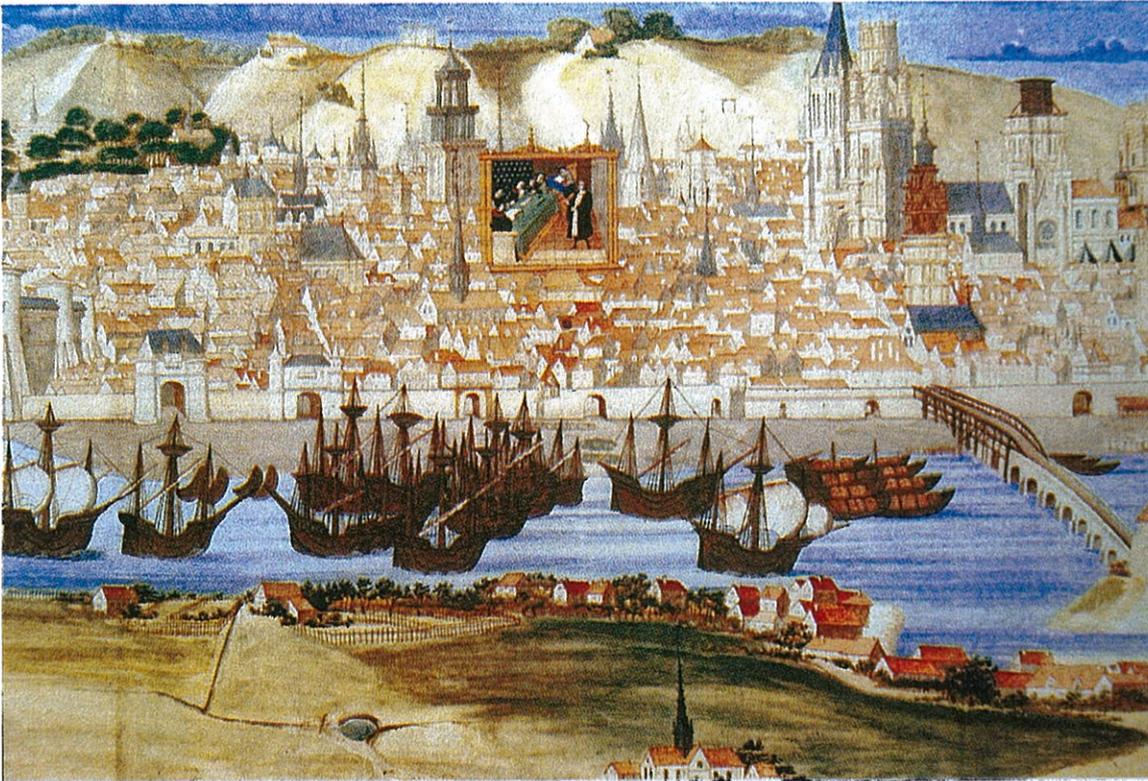
(1270-85) da orden al senescal de Saintonge, gobernador de La Rochelle, de reservar cada año veinte libras tornesas para el cirio instituido en honor de Santiago por su tío: "Volumus et precipimus ut quicumque pro tempore fuerit prepositus de Rupella dictas viginti libras turonensium in festo omnium sanctorum mandator certo dicte ecclesie sine difficultate reddat annuatim et persoluat alio mandato non expectato" (López Ferreiro, T.V, 1902, n° 41). Y lo que es más, la renta fue inscrita en las cuentas de la senescalía de Saintonge, puesto que se encuentra mención, bajo la rúbrica "Limosnas del conde de Poitiers", en el año 1293-94: "Ecclesia Sancti Jacobi, pro medietate, 10 L." (Arch. Nat., K 496, n° 4). Se sabe por otra parte que por iniciativa de Alfonso de Poitiers se creó esta senescalía, cuando él separó, en 1255, la administración de la Saintonge de la de Poitou. La existencia de relaciones marítimas únicamente podía facilitar la recaudación de esta suma. ¿No sería suficiente confiar a un intermediario, provisto de un poder, el encargo de recogerla en fechas fijas?

Queda por decir que es necesario esperar al largo y doloroso conflicto en el que se sumergen los Léopards y los Lys, para oír hablar verdaderamente de peregrinaciones marítimas desde las costas francesas. El fenómeno es muy conocido en Inglaterra, donde el rey, después de instaurar una economía de guerra, prohíbe absolutamente la salida del oro, de la plata, de los caballos o de los hombres de armas fuera de la isla e impone a los capitanes la obligación de proveerse de "licencias" ante el ministro de Hacienda, bajo pena de sanciones. En el umbral del siglo XIV, el "problema de Gascuña" es la controversia que envenena las relaciones entre los dos reinos hermanos. La noche del 19 de septiembre de 1356, el rey Juan II (1350-6), a pesar de su heroísmo, cae en manos del Príncipe Negro a la altura de Nouaille, cerca de Poitiers. Como consecuencia desastrosa del Tratado de Brétigny, firmado en 1360, La Rochelle, florón de la corona desde 1224, vuelve a pasar bajo dominación inglesa. Los Valois desaparecen del océano. La alianza con Castilla los sacará de este mal paso.

No obstante, en 1348 se mencionó por primera vez la existencia de la "aumônerie" llamada de Saint-Jacques del Pérot, en La Rochelle. Se encuentra muy cerca del cementerio que lleva este nombre, a dos pasos del remanso, en la orilla frente al mar, entre la Torre de la Cadena y la Torre de la Linterna. Fue fundada por un tal Henry de Nochoué, burgués de La Rochelle, Johanne, su mujer y el sacerdote Johan Henry, "para recibir, albergar, y hospedar a la gente pobre"<sup>2</sup>. ¿Quiénes son estos desdichados? Lo ignora-

### La Rochelle





Rouen en  
el siglo XVI

mos, pero un documento del siglo XVI asegura que este establecimiento recibía “a los pobres peregrinos que iban y venían de viaje a Santiago en Galicia” (Arch. Départ. de Charente-Maritime, H 19-21, H 26, etc.).

Eso no es todo. Gracias a las excavaciones que se llevaron a cabo en 1982, en el emplazamiento del recinto del templo que fue arrasado en el siglo XVI, no solo hemos descubierto los dos estados sucesivos de la capilla de los templarios, tal como era en el siglo XII y después en el siglo XIII, sino también, entre unas ruinas de esculturas, entre las cuales se encuentra una virgen y unos fragmentos de alabastro pintados importados de Nottingham, un bajo relieve destrozado con la figura de Santiago con indumentaria de peregrino vestido con capa y esclavina. Incluso si esta obra no fuese anterior al siglo XIV, ofrecería una indicación suplementaria en cuanto a la realidad del culto al Apóstol en La Rochelle.

#### EFEMÉRIDES DE LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Con todo, hay que fijarse en el Ducado de Bretaña, que intentó, con más o menos fortuna, hacer respetar su neutralidad, para obtener unos ecos candentes de la actualidad. Poco a poco, y por dos veces, ésta recibe una fantástica aclaración: En 1375, mientras el

duque de Borgoña, Felipe el Intrépido, se encuentra en Gante para negociar una tregua con el duque de Lancaster, el de Borgoña que protegió a su padre, el rey Juan, en la tumultuosa batalla de Poitiers, vino a socorrer a los pobres peregrinos de Bretaña que “avoient esté prins et rançonnez des Angloiz sur la mer, en venant de Saint Jacques”. Les obligó a entregar como limosna “un franco y cuarto” (Arch. Départ. de la Côte-d’Or, B 1444, fol. 20v°). Algunos años más tarde, estalla un incidente análogo. Esta vez el asunto se presenta ante la corte pontifical, en Aviñón. En efecto, Thomas Barle, el patrón del navío asaltado y capturado, presentó denuncia ante los tribunales eclesiásticos. Sin duda, él esperaba la restitución del barco pues no se trataba de una pequeña embarcación. De hecho, la nave llamada la Saint Jacques du Vivier-Sancti Jacobi de Vivario volvía de Galicia llevando a bordo doscientos peregrinos de Dol-de-Bretagne, con tantos hombres como mujeres, cuando fue víctima de corsarios miserables —“latronculi marini”— que aparecieron de improviso en el puerto de Exeter. Estos piratas, cuyos nombres son citados, no solo habían pedido recompensa por estos peregrinos que tenían propiedades, sino que hicieron prisioneros a los otros y, además, se apoderaron de la nave de mercancías de Thomas Barle a título de botín de guerra. La carta dirigida por la cancillería pontifical al oficial de Saint-Malo, obispado vecino de Dol y puerto de mar, lleva



**Louis XI con un collar jacobeo de conchas de vieiras**

fecha del 20 de noviembre de 1379 (Vatican, Reg. Aven. 224, fol.515 r°).

Hay un elemento que no deja de ser sorprendente en este asunto, que es la cantidad considerable de pasajeros que transportaba el Saint-Jacques du Vivier: “ducentos peregrinos tam viros quam mulieres ad Sanctum Jacobum, peregrinationis causa, duxisset”. Por poco, su origen común, Dol-de-Bretagne, haría pensar en una peregrinación parroquial o diocesana. Eso es tanto como decir que este carguero tenía una capacidad respetable, sin la cual la promiscuidad hubiese llegado al colmo. Por otra parte este tipo de navío llevaba un nombre, era una *cogue*. A juzgar por el muestreo recogido entre 1361 y 1484 el recurso a construcciones parecidas no era frecuente. Es posible hacerse una idea precisa de este tipo de viaje gracias al salvoconducto que el rey Enrique IV de Inglaterra (1399-1413) entregó sin legalizar en 1411 a cuatro

comerciantes normandos, burgueses de Harfleur. Su bajel “appelé la nief saint Jaque, du port de VII tonnelx”, o sea, 140 toneles, fue autorizado a llevar a bordo “XXX hommes, marchands, marins ou autres”, así como “CC pelerins ou pelerines quelconquez”, suponemos de cualquier condición social y esto con la posibilidad de efectuar dos viajes de peregrinación a Santiago de Compostela. Ellos disfrutaban, además, de la facultad de ejercer su comercio en varios y diversos lugares, sin ninguna restricción, en cuanto que habían obtenido el permiso de cargar tantas maletas, baúles, oro, plata, vajilla, joyas y cualesquiera otros bienes y mercancías que desearan (London, P.R.O., Rot. Franc., C 76/94 m. 25). Es de suponer que las relaciones internacionales conocían entonces una cierta expansión. Sin embargo, los cuatro normandos que manifestaban igualmente el deseo imperioso de “eulx transporter en pelerinage envers saint Jaques” se mostraban muy satisfechos, porque nunca ningún capitán inglés habría obtenido concesiones parecidas en vista de que les estaba rigurosamente prohibido sacar el menor objeto de metal precioso y tenían que contentarse con los peregrinos “de condición llana”<sup>3</sup>.

Queda por decir que corrían enormes riesgos. Cuatro años antes, Enrique V de Lancaster (1415/17) iba a poner fin de un modo brutal al floreciente comercio que Harfleur mantenía con España e Inglaterra. La deportación de sus habitantes, expulsados sin piedad de su ciudad, fue el prelude de la conquista de Normandía. El duque de Bretaña, que acogió hasta ciento veinticinco refugiados, estaba sobre aviso. Parece ser que, por lo demás, preocupado por prevenir las exacciones, puso rápidamente bajo su protección a los peregrinos, a instancias del rey de Inglaterra, que les mendigaba, sin embargo, su protección. Valdría para demostrarlo la rápida reacción del duque, cuando, aproximadamente en el día de Todos los Santos de 1417, la Notre Dame de Lantringuier —antiguo nombre del puerto de Tréguier—, que gobernaba su “maistre, Jehan Moysen”, fue inspeccionada y confiscada por un navío de guerra de Plymouth, cuando volvía navegando apaciblemente del “saint veage de Saint Jacques en galice”.

Hay que añadir que esta agresión estaba tanto menos justificada cuanto que ello acontecía en pleno año santo. Todos los fieles, ya fuesen ingleses o bretones, estaban deseosos de recoger el maná de indulgencias ofrecidas por Compostela. Del mismo modo, fue en el verano de 1417 cuando Margery Kempe experimentó la misma necesidad, “si tal fuese la voluntad de Dios de poder ir a Santiago —yf it wer

<sup>3</sup> Así en el original.

the wil of God, that sche myth sekyn Seymt lamys". Con este fin, se había dirigido al puerto de Bristol, entre Cornualles y el país de Gales, que se mantenía unido al de A Coruña por medio de unas relaciones privilegiadas, tejidas desde hacía mucho tiempo. Pero se vio obligada a esperar seis semanas a que una vela apareciese por el horizonte debido a que la navegación se había reducido repentinamente.

Aquel año, parece ser, la tranquilidad del mar no tuvo parangón con la discreción de las Patent Rolls en materia de "licencias". De hecho, Enrique V (1413-22) se preparaba para franquear la Mancha por segunda vez. Al efecto, había requisado todos los navíos disponibles, ya fuesen flamencos o genoveses. El 30 de julio de 1417, los mil quinientos *barges* de toda índole que había concentrado alrededor de Southampton, echaron anclas en el estuario del Sena. Esa fue la razón de que el puerto de Bristol quedase obstinadamente desierto. Cuando por fin apareció un navío era, ¡ironía de la suerte!, una nave de escolta bretona: "Cuando Él lo consideró conveniente, Nuestro Señor, envió una nave desde Bretaña a Bristol, que rápidamente se preparó y equipó para navegar hacia Santiago —Than as it pleysd ovr Lord, he sent e schip owte of Breteyn in-to Bristowe, wech schip was mad redy & arayd for to seylen to Seynt layms" (*The Bok of M. K.*, § 44-45)<sup>4</sup>.

Esta competencia desleal ejercida por un país neutral, sin duda, no era del gusto de todos. ¿Se quería arreglar cuentas, en Plymouth, o ejercer un derecho de represalias a pesar de las treguas pactadas, cuando éstas habían sido renovadas en 1417? Lo cierto es que la Notre Dame de Lantringuier fue embargada y que Juan V de Bretaña (1399-1492), cuya devoción por Santiago era notoria, ya que raramente faltaba a su promesa de enviar al Apóstol la ofrenda que tenía por costumbre hacerle por Pascua, no dudó en intervenir. El 31 de diciembre de 1417 exigió del rey de Inglaterra la liberación incondicional de los cautivos y la restitución pura y simple del navío. "Tres hault et puissant prince et mon redoubté seigneur", escribió él, "je vous supplie que pour amour de Dieu et dudit saint veage où estoient lesdits pelerins, et pour amour de moi et que sont mes subgiz (sujets), qu'il vous plaise faire mectre à plaine délivrance lesdits pelerins et ledit Vessel, et sanz souffrir que lesdits pelerins soient miz à ranzon ne detenuz prinsonniers" (London, B. M. Cotton. Ms. Vespasien. F III, fol. 26v<sup>o</sup>).

Pero no todo estaba permitido, pues, por su parte, el rey de Castilla no tenía inconveniente en comunicar a quien quería oírle que los peregrinos del

Apóstol dependían de su jurisdicción, en particular con ocasión de los años jubilares. Por esto, cuando en 1456 —"anno indulgencie apud Sanktum Jacobum"—, algunos bretones —"quosdam Britones de dominio et districtu virtuosissimi domini ducis Britaniae"— se apoderaron de La Juliana de Dartmouth a la que cortaron las amarras en pleno puerto de A Coruña, favorecidos por una noche de verano, mientras que este esquife acababa de desembarcar su contingente de peregrinos, el duque condenó a los promotores de los desórdenes, culpables de la ruptura de la paz, y los obligó a restituir íntegramente su presa, como lo certifica el documento archivado en el Tesoro de los archiveros de los duques de Bretaña (Arch. Départ. de Loire-Atlantique, E 202/6).

La realidad de estas peregrinaciones marítimas incluso está documentada de manera indudable por la súplica en la que el duque Juan IV (1366-99), casado con Juana de Navarra, denuncia los ataques que la guarnición inglesa, que evacuó Brest el 30 de junio de 1397, no había dejado de infligir a sus privilegios y "salvaguardias". A modo de proverbio se decía: "¡Nadie puede ser duque de Bretaña sin antes ser señor de Brest!"<sup>5</sup> El hecho es que se descubre con estupor en el capítulo de los impuestos debidamente percibidos "sur touz vesseulx qui sont es portz dudit duc", que los agentes del rey de Inglaterra "ont levé trehu dessus le pelerins qe ont esté à Saint Jame à cest présent an, à savoir est sur chascune personne XII deniers", es decir, exactamente el doble de lo que el ministro de Hacienda exigía a los súbditos de la corona británica. Ahora bien, ese era el primer cargo de la acusación. Un cierto "Jehan Peint et autres en leurs nouns" había perpetrado estos abusos (London, B. M. Cotton. M. Julios. B VI, fol. 44-46).

#### LA PREPONDERANCIA DE LA ROCHELLE

Esta queja indica con bastante aproximación, al menos lo parece, que varios navíos salidos de las costas de Armor, fueran cargados o no de peregrinos, tenían por costumbre hacer escala en la rada de Brest antes de singlar desde el Finisterre de Bretaña al Finisterre de Galicia. ¿No era de Brest, por lo demás, la nave que había equipado en el mes de julio de 1386 el duque de Lancaster impaciente por subir al trono de Castilla, junto con Constance, su esposa, hija de Pedro el Cruel (1350-69)? Iba acompañado de su mujer, de su hija Philippa, prometida de Juan I, rey de Portugal, y de sus otros hijos. Según Foissart,

<sup>4</sup> "Quand il Lui plut, Notre Seigneur envoya un vaisseau de Bretagne à Bristol, qui fut bëntôt rendu prêt et équipé pour voguer vers Saint Jacques - Than, as it pleysd ovr Lord, he sent e schip owte of Breteyn in-to Bristowe, wech schip was mad redy & arayd for to seylen to Seynt lamys" (*The Book of M.K.*, § 44-45).

<sup>5</sup> "N'est pas duc en Bretagne qui n'est pas sire de Brest!"

<sup>6</sup> Así en el original.

“naves de Inglaterra” y “galeras de Portugal” se codeaban en esta armada. Cuando se decidieron a izar las velas, tomó la decisión de poner proa a A Coruña en Galicia”. Un viento favorable les permitió alcanzar este puerto en quince días (*Chronique*, III, § 88 y 98).

Pero cuando el duque desembarcó con su gente, se dio cuenta de que había sido adelantado por unos trescientos caballeros de Francia que se habían parapetado en la ciudadela. Froissart narró el desatino de estos aventureros: “Or bous diray des chevaliers de France, de monseigneur le Barrois des Barres, de messire Robert et de messire Jeham de Braquemont, de messire Jeham de Chastelmorant, de messire Pierre de Vilainnes (...) et des autres, qui estoient venus en pelerinage en la ville de Compostelle au baron Saint Jaques en grant dévotion” (ibídem, III, § 97). En efecto, habiéndolo llegado a sus oídos la desconfianza experimentada por el rey Juan I de Castilla (1379-90) en Aljubarrota (1385), estos caballeros y escuderos “des basses marches” habían decidido socorrerle “por su honor y por el ascenso”. Así pues, tomaron la determinación de dirigirse a la ciudad de La Rochelle, y así fue como hicieron; y desde allí zarparon hacia alta mar. Arribaron a Santander y luego llegaron a Burgos lo más rápidamente posible con el fin de advertir al rey de Castilla del desembarco inminente del duque de Lancaster al que ellos intentaron avisar dirigiéndose al trote hacia Galicia. Una vez allí, no faltaron al ritual de rendir homenaje al Apóstol.

Una expedición tan temeraria habría sido inconcebible si, mientras tanto, el rey de Francia no hubiese conseguido recuperar La Rochelle. El feliz acontecimiento tuvo lugar en 1372. Aquel verano, el 23 de junio, mientras que Bertrand Du Guesclin llevaba a cabo una campaña fulgurante en Poitou-Saintonge, la flota castellana conseguía una victoria decisiva sobre el joven conde de Pembroke. Poco después, Ruy Díaz de Rojas, adelantado de Guipúzcoa, hacía una operación de bloqueo del remanso con cuarenta naves enormes, de manera que el 8 de septiembre de 1372 la ciudad, que estaba tomada por una tenaza, abrió sus puertas al condestable de Francia. El regreso de La Rochelle al jirón de la corona ponía fin a doce años de ocupación. La posesión de esta plaza era de una tal importancia sobre el tablero de fichas internacional que no se ha dudado en ver en la renta de ochenta francos, instituida por Carlos V (1364-80) a favor de la basílica de Santiago de Compostela, un tributo de acción de gracias. En realidad, el montante de esta renta había sido negociado con el cabildo catedralicio un año antes de la toma del gran puerto. Para el rey de Francia se trataba de

asegurar la perpetuidad de las tres capellanías que él acababa de fundar en el presbiterio de la catedral del Apóstol. Había ofrecido para su establecimiento la suma de tres mil florines, “para mercar heredades para manteamiento de tres capellaes que auyan de dezer de cada día tres misas ena capella de sam Saluador dacerqa da dita iglesia de Santiago”<sup>6</sup> (López Ferreiro, t. VI, 1903, n° 35).

La vida continuó su curso; gracias a la conservación de las minutas del notario Hélot Boutin, se puede comprobar que los habitantes de La Rochelle hacen de manera voluntaria su testamento antes de marchar a venerar a San Salvador de Oviedo o al apóstol Santiago en Galicia. Entre el 9 y el 14 de julio de 1423, es el caso de Jean Herbert, carnicero en Bourgneuf; de Guillaumette de Pons, alias Garnache, mujer de Hugot Fustier, burgués de La Rochelle; de Jeanne Carelle, mujer de Jaquinet Prebosteau; a los que hay que añadir los nombres de Aylin Franpuesse, viuda de Guillaume de Chosat, marinero y burgués de La Rochelle y de Laurent Rasse, igualmente burgués de la ciudad (L. R., Bibl. Mun. Ms. 199). La concentración de estos testamentos en un lapso de tiempo tan corto hace presentir la inminencia de un viaje y, sin duda, también el deseo de honrar la fiesta del Apóstol que se celebra el 25 de julio. Es verdad que 1423 era un año santo.

La presencia de mujeres, más numerosas aquí que los hombres, sugiere que estos piadosos viajes no tenían para los habitantes de La Rochelle ningún carácter excepcional. Si tal ha sido el caso, no sería extraño que este puerto haya albergado entre sus muros una cofradía de peregrinos a Galicia. Ahora bien, su existencia se comprobó a inicios del siglo XV. En efecto, en el mes de febrero de 1418, Pierre Poullier, esposo de Phelipe de Salerna, lega 40 soles a la cofradía “Saint-James” de la que es hermano cofrade. Este burgués de La Rochelle desea no solamente tener la cruz en su sepultura y entierro, sino que espera ser perpetuo participante de los ruegos, oraciones, y dádivas de aquella cofradía. A falta de haberse puesto él mismo el bordón, dona igualmente veinte libras para un viaje a San Salvador y a Santiago en Galicia, con el fin de que sean dichas tres misas en secreto, la primera al Santo Espíritu, la segunda a Nuestra Señora y la tercera a Santiago. No es superfluo precisar que el testador que previamente ha hecho donación de 24 capas completamente nuevas al limosnero del Rey así como al Hospital San Bartolomé, deán de las instituciones caritativas de La Rochelle, no ha olvidado la limosna a “Saint-Jasme du

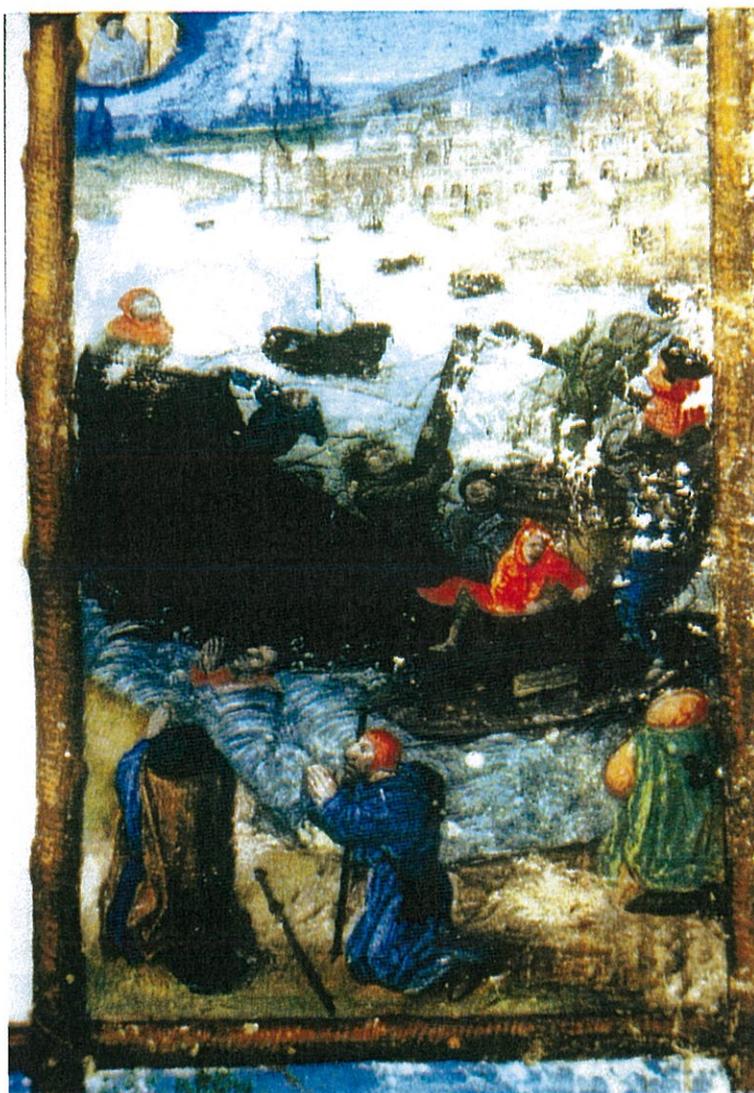
Perrot”, que consiste en el ofrecimiento de doce capas así como cuarenta soles (Arch. Départ. de Charente-Maritime, H 55, p. 38-39).

La donación de veinte libras “por un viaje” permite ver que, en la práctica, la peregrinación por poder o peregrinación vicaria se realizó igualmente por vía marítima. Efectivamente, esta práctica fue corroborada en julio de 1423 por el compromiso que asume Héliot du Jardin, marinero y burgués de La Rochelle de cumplir un viaje parecido en lugar de uno de sus compatriotas (L. R., B. M., ms. 199 fol. 21). Se ve también que en la mayor parte de los casos Ovieo está asociado a Compostela en la devoción de los habitantes de La Rochelle. Es el momento de recordar que, además de Notre-Dame, San Nicolás y San Bartolomé, la última de las cuatro iglesias parroquiales de La Rochelle estaba dedicada al Santo Salvador. La aparición relativamente tardía de esta iglesia, únicamente mencionada en el siglo XIII, autoriza a presuponer en esta dedicatoria un eco del santuario asturiano.

### UN REY MUY DEVOTO

En los primeros días del año 1463 Luis IX (1461-1483), que había asistido a las fiestas de Navidad en Poitiers, se encontraba en Saintonge. El 9 de enero, estaba en Saintes. No desperdició la ocasión de honrar allí a San Eutropo. El rey continuó seguidamente hacia La Rochelle, donde hizo su entrada el 11. Un motivo apremiante lo conducía allí. Se dirigía, en efecto, ante María de Anjou, su madre, que regresaba de una peregrinación a Santiago de Galicia. Poco después, el monarca volvía a partir hacia el sur, en dirección a Soulac, a donde llegó el 16 de enero, “después de haber atravesado en barco el estuario de la Gironde”. Así pues entre el 11 y el 16 de enero de 1463 tuvo lugar el encuentro entre el rey y su madre, hacia la cual él siempre dio testimonio de un gran afecto, como lo atestigua la viudedad que él le había constituido el 13 de octubre de 1461, poco después del deceso del rey Carlos VII.

En efecto, Luis XI había añadido a la dote de la reina el disfrute del dominio real en Aunis y Saintonge, del cual precisamente el gobierno de La Rochelle formaba parte. Si esta circunstancia explica, sin duda, la elección de la cita, queda por ver que la aparición que hizo la reina en la capital de Aunis, a su regreso de Santiago, muestre suficientemente que ella debió efectuar su peregrinación por mar. Hay motivos para



**Escena de un naufragio con peregrinos orantes, 1489**

creer que habiéndose dirigido a Galicia en los últimos días del mes de diciembre de 1462, María de Anjou, que tenía 59 años, quiso ganar el gran jubileo que el rey Enrique IV de Castilla (1454-1474) había inaugurado dirigiendo desde Mallorca, el 20 de enero anterior, una solemne carta de salvoconducto a todas las naciones cristianas, válida para toda la duración del año y esto “tam per terram quam per aquam die noctuque” (A.C.S., Cart. 9.a n° 25).

Apenas es posible imaginar tal peregrinación sin escoltas ni ofrendas ni limosnas, tanto más cuanto que la reina tenía capilla y hospedaje. El desplazamiento debió de ser costoso porque, a pesar de la importancia de los ingresos que le procuraba su viudedad, María de Anjou se endeudó. ¿No dejó ella 9.000 libras en descubierto cuando la muerte la sorprendió el 29 de noviembre de 1463 en la bahía de los Châtelliers, en Gâtine Poitevine? Es verdad que en aquella época se preparaba para acometer el “santo



**Barco de peregrinos bajo la protección de Santiago, fines del siglo XV. Vidriera de la iglesia de St. Pierre de Mannville, Francia**



viaje” a Jerusalén, que ella tenía la intención de cumplir “no como una reina de tal estado, como ella había sido, sino como una pobre mezquina completamente humilde”<sup>7</sup>. La confesión que ella hizo al duque de Borgoña ilustra particularmente las disposiciones interiores que debieron ser las suyas en Compostela. En efecto, declaraba querer llegar a tierra santa para reparar en su carne la falta de su real esposo que había prometido hacerse cruzado y no había hecho nada de ello (Chastellain, G. *Chronique*, IV, 28). En estas condiciones no es imposible que Carlos VII (1422-1461) haya igualmente caído en falta con respecto a Santiago.

Lo cierto es que fue a Dieppe, a donde llegó el 9 de diciembre de 1463, y Luis XI, habiendo recibido la triste noticia, ordenó celebrar las exequias de su madre. Es probable que la ceremonia tuviese lugar en la iglesia de Saint-Jacques. ¿El rey la conocía bien por haber venido, con los pies desnudos, a dar gracias a Dios y al Apóstol, cuando, Delfín, había luchado ferozmente para sustraer este puerto a los ingleses? Fue en 1443. ¿Fue esta victoria la que le había inspirado la idea de enviar a Compostela este extraño “iocale argenteum in modum bastilie artificis ingenio constructum, valoris mille ducatorum bel circa”? Una bula del papa Nicolás V, fechada el 27 de septiembre de 1447, prohibía bajo pena de graves sanciones la alienación de esta joya (López Ferreiro VII, 1905, p. 415). Un poco más tarde, en 1456-57, aún siendo Delfín

gratificó de nuevo el santuario del Apóstol con una lámpara que valía cien escudos.

Pero lo que es incontestable, es que, al igual que los duques de Bretaña, Juan V (1399-1442) y Francisco II (1458-1488), Luis XI (1461-1483) había prometido un viaje a Santiago. Por lo demás, se vio obligado como ellos a solicitar de la santa sede el favor de ser relevado de su voto a cambio de cumplir un trabajo sustitutorio. El 15 de octubre de 1482, presionaba a su embajador para que obtuviese del papa que tuviese a bien “connuer, absouldre et dispenser ung veu que j’ay fair d’aler en personne a Mgr Sainct Jacques” (Lettres de Louis XI, t. 10, 1908). El rey, al que acechaba una muerte próxima, encontró un medio original para calmar su conciencia alarmada. Decidió ofrecer dos bellas campanas a la basílica del Apóstol. El 3 de julio de 1483 él se confiaba a sus “tres chers et grans amys les archeuesque, cardinaux et chapitre de monsieur saint Jacques de Compostelle en Galice”, advirtiéndoles de la llegada inminente de su querido consejero y “maistre de’ostel”, Antonio de Mortillon; este último debería embarcar en La Rochelle con todo el material necesario para la elaboración de las campanas. Dos regidores de la ciudad lo asistirían en su tarea y vigilarían su perfecta ejecución. A cambio, el rey pedía que rogasen insistentemente por su salud y la prosperidad del delfín Carlos, que no era más que un niño.

En aquel momento, en efecto, Luis XI estaba

<sup>7</sup> “non pas comme une royne de tel estat comme elle avoit esté, mais comme une povre meschine toute humble”.

realmente enfermo. El cabildo acusó recibo de la misiva el 29 de julio. El 4 del mismo mes se celebró una misa solemne en el altar del Apóstol por el restablecimiento del soberano. Éste había acompañado su petición con un donativo de 6.000 libras tornesas<sup>8</sup> que un tal Guillermo Vicentí había sido encargado de entregar. El 30 de agosto siguiente, Luis XI entregaba el alma en Plessis-lès-Tours. La presencia en su cabecera de Francisco de Paul, fundador de los mínimos, hizo mucho por aliviar su final. Un acta capitular del 2 de septiembre de 1473 aporta una nueva prueba del afecto singular que el monarca testimonió a Santiago hasta el último instante. Efectivamente, aquel día, los canónigos registraron el último donativo de 338 coronas enviadas por el rey de Francia. Durante mucho tiempo la famosa Torre del Reloj permaneció en el espíritu de los peregrinos y de los habitantes de Compostela, “la Torre que se llama de los Reyes de Francia con sus hermosas y grandes campanas”, así es como lo cuenta don Mauro Castellá Ferrer, en su *Historia del Apóstol de Jesus Christo Santiago Cebedeo* publicada en 1610 (L.III, fol. 424 vº). De esta manera, Luis XI pasaba a la posteridad como el constructor de aquel robusto campanario antes de borrarse a sí mismo con la aureola de San Luis.

Lo que destaca de esta generosidad es el papel de ayuda logística que le correspondía a La Rochelle. En ese caso, no es extraño que las obras de archivos que tocan las relaciones de los reyes de Francia con Santiago hayan recibido en Compostela el título genérico de *Papeles de La Rochela*. Porque, independientemente de donativos tan excepcionales, la renta constituida para el mantenimiento de tres capellanías fundadas en 1371 por Carlos V no había dejado de entregarse incluso si, en las horas más difíciles, el pago no fue siempre regular. Continúan las vicisitudes, un año con otro, hasta 1587 y más allá (López Ferreiro, VIII, 1906, p. 440). La recaudación de esta suma estaba arrendada a un hombre de negocios, ya fuese un burgués de La Rochelle como aquel Jacques Cousynot, cuando el cuidado por recoger la ganga real no era delegado a un dignatario del Cabildo como le sucedió al canónigo Fernando Suárez entre 1467-73.

En tiempo normal, cuando circunstancias contrarias no habían provocado una acumulación de rentas impagadas, el cabildo enviaba a su apoderado al “receveur ordinaire du roi, en ses pays de Saintonge, ville et gouvernement de La Rochelle”. El montante se establecía sobre la “recepte” en el capítulo de feudos y limosnas, en dos vencimientos de 60 libras uno y de 20 libras el otro, que correspondía respectivamente al

día de Todos los Santos y a la Ascensión. La única mención de la rúbrica “limosnas” hace pensar en esta vieja renta entregada desde el fin del siglo XIII para el mantenimiento del cirio instituido por Alfonso de Poitiers, hermano de San Luis. Aquí, rotundamente, la devoción real hizo prueba de continuidad.

## EL BENIGNO SIGLO XVI

Con el fin de la Guerra de los Cien Años y la desaparición progresiva de las apreciadas “licencias”, parecería que la peregrinación marítima hubiese sido consagrada a esfumarse en medio del tono gris de los días. Sin embargo, a falta de peregrinos secuestrados y rescatados, se ve de nuevo emerger a los supervivientes del abismo. Sinforiano Champier, biógrafo del señor de Bayard llamado “el buen caballero sin miedo y sin reproche”, relata que Pierre du Terraille (1470-1524), para designarlo bajo su verdadero nombre, animado por el deseo de “ver las Españas”, “embarcó en La Rochelle; y como peregrino, sin darse a conocer, fue hasta Santiago en Galicia, donde permaneció algún tiempo para ver el país hasta San Salvador, volviendo a Santiago, y por mar regresó a Francia”. Sería inútil precisar que la pretendida curiosidad de Bayard, en el lugar de la “nación hispánica” contra la cual “él había luchado durante mucho tiempo”<sup>9</sup>, huele un poco a arreglo literario (*Les gestes [...]*, Lyon, 1525, V, 3).

Réplica exacta de Bayard, aunque diez años mayor que él, Luis II de La Tremoille (1460-1525) que se había formado en Fornoue, después en Marignan (1515) donde perdió un hijo, sólo conquistó Milán para caer en la Pavía lombarda, golpeado en pleno corazón, el 24 de febrero de 1525. Regresó de Italia en donde había caído gravemente enfermo en el otoño de 1503, habiendo dejado detrás de él un ejército desamparado frente a Gonzalo de Córdoba; consiguió llegar a su castillo de Thouars, con la muerte en el alma. Allí el 29 de febrero de 1504 ordenó a sus oficiales, fiscal y recaudador de la isla de Ré, enviar en su nombre un peregrino a Galicia para ofrecerle al Apóstol “un cirio que pesase cien libras de cera”.

Un tal Guillaume Boulain, sacerdote, “homme devocieulx et suffisant”, consintió en efectuar “la ofrenda del susodicho cirio” en lugar y plaza de aquel que mereciera también, al igual que Bayard, el sobrenombre de “caballero sin reproche”. Se buscó un “navío para llevar al citado peregrino” desde La Rochelle, que está muy cerca de la isla de Ré. El recaudador Thomas Béraudeau aportó 52 libras y 10

<sup>8</sup> Acuñaadas en Tours.

<sup>9</sup> “monta sur mer à la rochelle; et, comme pelerin, sans se donner à congnoistre, ala à saint Jaques en Galice, là ou il demeulra aucun temps pour veoir le pays jusques à saint Saulvadour, retorna a saint Jaques, et par la mer retourna en france”. [...] “la nation espanicque” [...] “il avoit long temps porté les armes”.

**Peregrino  
orante. Fresco  
del siglo XVI  
de la iglesia de  
Sargé/Brayé,  
Francia**



soles torneses “para los gastos y las aportaciones del peregrino”, que comprendían la compra de las 100 libras de cera y la celebración de cuatro misas en Compostela. En cuanto a la travesía en barco, costó 70 soles aún siendo necesario suprimir de esta suma las idas y venidas comprendidas en la negociación de este asunto. Muy escrupuloso, La Tremoille quiso ser informado hasta de los menores detalles y, sobre todo, de “la hora de partida del mencionado peregrino”, como si hubiese tenido que acompañar su ofrenda en espíritu.

### LA MORRALLA

Antonio López Ferreiro señala el desembarco en Muros, un poco más al sur del Cabo Finisterre, a la entrada de la ría de Noia, de una cincuentena de peregrinos franceses en 1524, lo que corresponde a la carga ordinaria de un barco de porte mediano (VIII, 1906, p. 422). Habría sido interesante conocer la procedencia de estos peregrinos. Diez años más tarde, sorprenden a dos pobres diablos llegados de París callejando por los muelles de La Rochelle, espionando un pasaje hacia Galicia sobre uno de esos bazares ambulantes que se complace en evocar Marcel Dela-

fosse (*Le commerce Rochelais*, 1952, p. 86). ¿El caso es tan raro o tan banal que apenas merece ser anotado en los contratos de fletamento? El hecho es que hay que esperar a mediados del siglo XVI para ver aparecer en el recodo de las minutas garabateadas en el medio de la mercancía este producto imponderable que constituyen los peregrinos. El 27 de marzo de 1541, cuando Martin de Recque, comerciante de Viana en Portugal, fleta La Margarita de La Rochelle “del puerto de 48 toneles”, que gobierna el navegante Anthoine Bannet, queda estipulado que la mitad del flete de regreso revertirá en los cargadores, y además “la mitad de los peregrinos, si se encontrasen por allí” (La Rochelle, Arch. Départ. de Charente-Maritime, 3 E 124). Lo mismo sucede, cuando el 25 de abril de 1542, Nicolás de La Fousse, comerciante de Le Mans (Sartre), fleta en La Rochelle el Jacques d’Olonne que contenía 40 toneles con destino a “La Coulongne ou Betauce”. El contrato precisa: “et si ledit maistre [...] perenoit pardela aulcuns pelerin pour ramener par deçar, le dit marchand en aura la moictié du frec. diceulx” (ibídem, 3 E 126, fol. 34-35).

Si no está previsto atestarse de peregrinos a la ida, en medio de los sacos de centeno, de los botes de galletas, de los fardos de mostaza, rollos de hilo para ballesta, telas de Olonne, papel mojado fabricado en Thiers, en Auvernia, *esquardes* y otros artículos de mercería que componen en aquella época el flete habitual, se ve que la eventualidad de llevar a algunos de ellos está tanto menos incluida cuanto que su transporte no es gratuito. De hecho, el patrón de la nave y el cargador se reparten los ingresos a medias. ¿Esto quiere decir que era entonces más fácil o más conveniente cargar peregrinos al regreso? Dos generaciones más tarde, “François Pyrard” comerciante de Laval (Mayenne), que se hizo a sí mismo defendiendo una reputación de aventurero para volver a su país natal diez años después de haber dejado Saint-Malo, aparentemente no tuvo ninguna dificultad en embarcar una vez cumplido, en los últimos días del mes de enero de 1611, el voto que había hecho de ir a Compostela si llegaba a librarse de la cárcel donde había estado a punto de pudrirse el resto de sus días, en Goa, en la costa de Malabar: “habiendo satisfecho mi devoción a Santiago”, debía escribir, “me fui a A Coruña, que es un puerto de mar a diez leguas de aquí, para intentar encontrar pasaje a Francia; lo que no habiendo podido hacer, fui avisado de que en un pequeño puerto a diez leguas de allí aproximadamente, había un pequeño barco del puerto de La Rochelle de unas treinta y cinco toneladas cargado de

naranjas, & preparado para marchar. Allí me fui inmediatamente &, le rogué al comandante del navío que me diese pasaje, lo que hizo con mucho gusto [...]". "Tardamos treinta y seis horas en llegar de allí a La Rochelle donde gracias a Dios llegamos felizmente al quinto día de Feurier, & entonces alabando a Dios con todo mi corazón, me sentí seguro de poder ver de nuevo la tierra de Francia que yo tanto había deseado [...]". El "patrón del barco que se llamaba lean Arnoul, & originario de la isla de Oléron; manifestó su alegría por haberme llevado, me trató bien en La Rochelle y no quiso jamás que tomase otro alojamiento más que el suyo"<sup>10</sup> (*Voyage de Fr. Pyrard*, Paris, 1615, § 17).

## EPÍLOGO

Una encuesta dedicada a la cristianización de los vocablos de navíos, entre 1200 y 1460, tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico confirma que Santiago, presente por todas partes, queda en un brillante segundo lugar después de San Nicolás (G. et H. Bresc, *Ethnologie française*, 9, 1979-2, p. 170-172). Es bastante decir que la irradiación del Apóstol es universal. De hecho, es invocado en la alta mar de Inglaterra, de Normadía y de Bretaña. Su nombre se une a naves gasconas, catalanas, navarras, castellanas, sin olvidar las de la misma Galicia si ello parece menos presente. Se encuentra igualmente en la costa ligur, en Sicilia, en Venecia y en el Adriático.

También se debería esperar a encontrar vestigios concretos de la protección ejercida por Santiago. Por desgracia, hay muy pocos. Sin embargo, en San Pedro de Magneville, en el bajo valle del Sena, río abajo de Rouen, el Apóstol se descubre en el fuelle de una vidriera de mediados del siglo XVI, de pie, con el bordón en el puño derecho, el Evangelio en la mano izquierda, sobre la entrecubierta de una nave que domina toda su estatura. Esta es una rara imagen de Santiago patrón de navío. Sin duda, refleja la devoción del armador o del carpintero de marina, cuyas armas que hablan hacen colgar el ancla subida a estribor.

Si marineros, propietarios y patrones de barco pudiesen tener alguna razón de dirigirse al Apóstol propicio, cuanto más sus peregrinos que por amor hacia él no dudaban en desafiar a los elementos. ¿De regreso de su periplo habrían despreciado testimoniar el reconocimiento de su corazón? No lo parece. Es posible que, por otra parte, las cofradías hayan ser-

vido de intermediarios en su acción de gracias, sobre todo en Normadía donde los reglamentos de varias Charites muestran una cierta deferencia al lugar de los peregrinos. De este modo, un artículo curioso de los estatutos de la cofradía de San Nicolás, erigida en la iglesia Saint-Remy de Dieppe, no había escapado al abad Cochete. Él estipula, en efecto, que "si alguien emprende el viaje de Jerusalén, Roma o Santiago de Compostela; si va por mar será escoltado hasta subir al barco; y si va por tierra, hasta una media legua". Y precisa: "si lo requiere, le asistirán los maestros, hermanas y hermanos de la citada cofradía, con cruces y banderas, cantando himnos y cánticos". Ahora bien, este reglamento, confirmado a finales del siglo XVI, se presenta como la copia fiel de un viejo original de varios lustros (cf. *Les églises de l'arrondissement de Dieppe*, 1846, pp. 58-59).

¿La "vía" atlántica, con sus espantos y sus peligros, ha inspirado alguna vez una iconografía específica, distinta de la que ofrece el traslado póstumo del cuerpo del Apóstol, tal como se puede admirar en la vidriera principal de Santiago en Merléac (Côtes-d'Armor), fechado en 1402 o sobre una sorprendente vidriera del siglo XVI en Nuestra Señora de Crann en Spézet, en Finisterre? En la serie continua de las efigies del Apóstol que lo muestra de pie rodeado de peregrinos en oración, éstos están casi siempre arrodillados, con las manos juntas, el bordón inclinado sobre la espalda y nunca se descubre, eso parece, la menor alusión a su modo de locomoción. Hay, sin embargo, algunas excepciones.

En Baillou, en el límite del Maine y del Perche Vendômois, la humilde vidriera que ilumina la parte norte del altar de una apacible iglesia de campo, esboza en el registro inferior los santos Santiago y Cristóbal que reúnen la fecha coincidente de su fiesta. Ahora bien, en una de esas reducciones cuyas imágenes tienen el secreto, el Apóstol, envuelto en su abrigo, está flanqueado por un soberbio navío. La vela que los gavieros se prestan a arriar, está todavía hinchada por un viento favorable de una feliz travesía, tanto más cuanto que han conseguido distanciarse del corsario que los había alcanzado en el recorrido. A bordo, tres peregrinos reconocibles por su cordón están dispuestos a lanzarse en aquel remanso que no es otro que Santiago en persona.

Lo más extraño en este encuentro es que, apenas algunos kilómetros al sur de Baillou, en Sargé, en la confluencia del Braye y del Grenne, se ve perfilar en las paredes de la vieja iglesia de San Martín, en lo alto de la nave, cerca del coro, a derecha y a izquier-

<sup>10</sup> "monta sur mer à la rochelle; et comme pelerin, sans se donner à congnoistre, ala à saint Jaques en Galice, là ou il demeulra aulcun temps pour veoir le pays jusques à saint Saulvadour, retorna a saint Jaques, et par la mer retourna en france". Inutile de préciser que la prétendue curiosité de Bayard, à l'endroit de "la nation espagnicque" contre laquelle "il avoit long temps porté les armes",



## CAPÍTULO I

### EN LA CONSTRUCCIÓN DE LOS CAMINOS DEL MAR | 19

La construcción de los caminos del mar: un breve ensayo sobre los tiempos prehistóricos. José Suárez Otero | 21  
Navegación antigua en el atlántico: arqueología y fuentes. José María Luzón Nogué | 31



## CAPÍTULO II

### LA CONSOLIDACIÓN DE LAS RUTAS MARÍTIMAS | 45

La romanización de Galicia y los caminos marítimos. Felipe Arias Vilas | 47



## CAPÍTULO III

### LA CRISTIANIZACIÓN DE LA GALLAECIA | 69



## CAPÍTULO IV

### LAS TRADICIONES JACOBEAS | 95

Tradiciones jacobneas: primeras noticias sobre la evangelización del confín del mundo y la tumba de Santiago en Galicia. Francisco Singul | 97  
El mar en las viejas leyendas jacobneas. Manuel C. Díaz y Díaz | 123



## CAPÍTULO V

### LOS CAMINOS DE PEREGRINACIÓN MARÍTIMOS | 141

Peregrinos ingleses a Santiago. La ruta marítima. Francisco Singul | 143  
Santiago de Compostela y las peregrinaciones marítimas desde las costas francesas. Humbert Jacomet | 149  
Escultura gótica inglesa en Galicia. Ángela Franco | 163  
La expansión de la escultura flamenca hasta el confín del mundo: iconografía de *Cristo sentado sobre la piedra fría*. Francisco José Galante Gómez | 175



## CAPÍTULO VI

### GALICIA Y PORTUGAL EN LA ÉPOCA DE LOS DESCUBRIMIENTOS | 213

Portugal, Galicia y el mar: los pescadores y los orígenes de los descubrimientos portugueses. Alfredo Pinheiro Márques | 215



## CAPÍTULO VII

### UN JUEGO DE ESPEJOS: SANTIAGO Y AMÉRICA | 243

Santiago y México. Francisco Rebolledo | 245

HASTA EL  
**CONFÍN**  
DEL MUNDO:  
DIÁLOGOS ENTRE  
SANTIAGO Y EL **MAR**



DEL 27 DE JULIO AL 30 DE SEPTIEMBRE  
MUSEO DO MAR DE GALICIA, ALCABRE, VIGO